

ORGULLO Y PREJUICIO

Jane Austen

Libros de
seda

❧ CAPÍTULO 1 ❧

Es una verdad universalmente reconocida que un hombre soltero en posesión de una cuantiosa fortuna ha de precisar una esposa.

A pesar de que, a su llegada a una comunidad, apenas se conozca nada del sentir o el parecer del caballero en cuestión, esta verdad está tan arraigada en las mentes de las familias de su entorno que será considerado como legítima propiedad de alguna de sus hijas.

—Mi querido señor Bennet —le dijo su esposa un día—, ¿has oído que por fin han arrendado Netherfield Park?

El señor Bennet respondió que no.

—Pues así es —replicó ella—. La señora Long acaba de irse y me ha puesto al corriente de todo.

El señor Bennet no dijo nada.

—¿No quieres saber quién la ha arrendado? —exclamó su esposa impaciente.

—Eres tú la que desea decírmelo y yo no tengo inconveniente alguno en escucharlo.

Aquello fue suficiente invitación.

—Pues bien, querido, has de saber que, según la señora Long, Netherfield ha sido arrendada por un joven y adinerado caballero del norte de Inglaterra; que este llegó el lunes en un carruaje tirado por cuatro caballos para ver el lugar y quedó tan complacido que alcanzó un acuerdo con el señor Morris en el acto; que tomará posesión de la casa antes de San Miguel y que algunos de sus sirvientes se mudarán allí a finales de la semana que viene.

—¿Cómo se llama?

—Bingley.

—¿Está casado o soltero?

—¡Oh, soltero, querido! ¡Por supuesto! Un hombre soltero con una cuantiosa fortuna, cuatro o cinco mil libras anuales. ¡Qué gran suerte para nuestras hijas!

—¿Y eso por qué? ¿En qué medida puede afectarles a ellas?

—Mi querido señor Bennet —respondió su esposa—, ¿cómo puedes ser tan irritante? Has de saber que estoy considerando que tome como esposa a una de ellas.

—¿Es ese el motivo por el que se muda aquí?

—¿El motivo? Bobadas. ¿Cómo puedes decir algo así? Sin embargo, es muy probable que se enamore de alguna y, por lo tanto, deberás ir a visitarlo apenas se haya mudado al vecindario.

—No veo razón alguna para hacer algo así. Podéis ir las niñas y tú, o puedes mandarlas a ellas solas; lo más probable es que sea mejor así, eres tan atractiva como ellas y el señor Bingley podría preferirte a ti de entre toda la comitiva.

—Querido, me halagas. No cabe duda de que, en su momento, gocé de cierto atractivo, pero ahora no me considero nada fuera de lo común. Cuando una mujer tiene cinco hijas ya crecidas, debe dejar de pensar en su propia belleza.

—En casos como ese, las mujeres no suelen gozar de mucha belleza en la que pensar.

—Pero querido, de veras, tienes que ir a presentarle tus respetos al señor Bingley en cuanto llegue al vecindario.

—Siento decirte que no estoy dispuesto a comprometerme a algo así.

—Pero debes pensar en tus hijas. Imagínate qué buen partido sería para una de ellas. Sir William y lady Lucas están decididos a ir únicamente por ese motivo, pues, como bien sabes, no tienen por costumbre visitar a los recién llegados. Insisto en que debes ir, de lo contrario, nosotras no podremos hacerlo.

—Sin duda, estás siendo demasiado escrupulosa. Me atrevería a decir que el señor Bingley se alegrará mucho de veros. Y le enviaré unas líneas para asegurarle de que cuenta con mi total consentimiento para que se case con la que elija, aunque añadiré una mención especial sobre mi pequeña Lizzy.

—Preferiría que no hicieras algo así. Lizzy no es mejor que las demás, ni siquiera un poquitín. Lo cierto es que no es ni la mitad de bonita que Jane, y no tiene ni la mitad de buen carácter que Lydia, pero siempre ha sido tu preferida.

—Ninguna de ellas tiene mucho como para que se las pueda recomendar —replicó él—; todas son igual de tontas e ignorantes que las demás muchachas, pero Lizzy posee algo más de perspicacia que sus hermanas.

—Señor Bennet, ¿cómo puedes injuriar a tus propias hijas de ese modo? Te divierte hacerme rabiar. No tienes ninguna compasión de mis pobres nervios.

—Te equivocas, querida. Siento un gran respeto por tus nervios. Son viejos amigos míos. Llevo al menos veinte años oyéndote mencionarlos con gran consideración.

—¡Oh! ¡No sabes lo mucho que sufro!

—En cualquier caso, espero que logres sobreponerte y que vivas lo suficiente para ver llegar al vecindario a muchos hombres de más de cuatro mil libras anuales.

—No nos serviría de nada que vinieran veinte así, si tú no vas a presentarles tus respetos.

—Te aseguro, querida, que cuando haya veinte, los visitaré a todos.

El señor Bennet era una mezcla tan inusual de agudeza, sarcasmo, discreción y excentricidad que la experiencia de veintitrés años de matrimonio no había sido suficiente para que su esposa entendiera el carácter que tenía. En cambio, el de ella era menos difícil de comprender. Era una mujer de pobre entendimiento, escasa información y temperamento voluble. Cuando estaba molesta creía estar nerviosa. Su único objetivo en la vida era casar a sus hijas; ir de visita y cotillear eran las únicas cosas que la divertían.

❧ CAPÍTULO 2 ❧

El señor Bennet fue uno de los primeros en visitar al señor Bingley. Siempre había tenido la intención de acudir a presentarle sus respetos, aunque hasta el último momento aseguró a su esposa que no pensaba hacerlo y ella no tuvo conocimiento de la visita hasta la noche siguiente a que se produjera, cuando lo reveló de la siguiente manera; mientras observaba a su segunda hija ocupándose de ribetear un sombrero, de improviso se dirigió a ella diciendo:

—Espero que al señor Bingley le guste Lizzy.

—No tenemos manera de conocer los gustos de señor Bingley —replicó la señora Bennet, resentida—, pues no vamos a ir a visitarlo.

—Pero mamá —dijo Elizabeth—, olvidas que coincidiremos con él en el baile, y que la señora Long ha prometido presentárnoslo.

—No creo que la señora Long haga algo así. Ella misma tiene dos sobrinas. Es una mujer egoísta e hipócrita y no me merece mucha confianza.

—A mí tampoco —añadió el señor Bennet—, y me alegra descubrir que no dependes de lo que ella pueda hacer por ti.

La señora Bennet no se dignó a responder, pero incapaz de contenerse, empezó a reprender a una de sus hijas.

—¡Deja de toser de ese modo, Kitty, por el amor de Dios! Ten un poco de compasión por mis nervios. Me los estás destrozando.

—Kitty no puede hacer nada para controlarse —dijo su padre—, siempre tose en el momento más inoportuno.

—No lo hago por gusto —replicó Kitty, enojada.

—¿Cuándo será vuestro próximo baile, Lizzy?

—De mañana en quince días.

—Sí, así es —exclamó su madre—, y la señora Long no estará de vuelta hasta la víspera, de manera que será imposible que nos lo presente, puesto que ella misma no lo conocerá.

—Entonces, querida mía, puede que goces de cierta ventaja sobre tu amiga y que seas tú quien le presente al señor Bingley.

—Imposible, señor Bennet, imposible, dado que yo tampoco lo conozco. ¿Por qué tienes que mofarte siempre de todo?

—Celebro tu prudencia. Desde luego, quince días es muy poco tiempo para conocer a alguien. No se puede saber qué tipo de persona es un caballero en realidad en solo quince días. Pero si no nos arriesgamos, alguien lo hará; y, después de todo, la señora Long y sus sobrinas podrían aprovechar la oportunidad. Por lo tanto, dado que ella lo considerará un gesto de amabilidad, si tú renuncias a hacerte cargo, me ocuparé yo mismo.

Las muchachas miraron a su padre de hito en hito y la señora Bennet se limitó a decir:

—¡Bobadas, bobadas!

—¿A qué se debe esa exclamación tan categórica? —prorrumpió él—. ¿Acaso consideras una bobada las fórmulas de presentación y la importancia que se pone en ellas? No puedo estar de acuerdo contigo en eso. ¿Qué opinas tú, Mary? Sé muy bien que eres una joven profundamente reflexiva, que lees grandes libros y extraes pasajes para aprender de ellos.

Mary deseó decir algo muy juicioso, pero no supo cómo.

—Mientras Mary se aclara las ideas —continuó él—, volvamos al señor Bingley.

—Estoy harta del señor Bingley —exclamó su esposa.

—Siento oír eso; ¿por qué no me lo has dicho antes? De haberlo sabido esta mañana, ten por seguro que no habría ido a visitarlo. ¡Qué mala suerte! Una vez que le he presentado mis respetos, ya no habrá manera de eludirlo.

La estupefacción de las damas fue justo la que él había esperado, e incluso puede que la de la señora Bennet superara a las demás; sin embargo, una vez hubieron terminado las primeras manifestaciones de júbilo, pasó a declarar que en todo aquel tiempo no había esperado otra cosa.

—¡Qué detalle por tu parte, querido señor Bennet! En cualquier caso, sabía que al final acabaría convenciéndote. Estaba segura de que amabas demasiado a tus hijas como para desaprovechar

la oportunidad de entablar una relación semejante. ¡Oh, soy tan dichosa! Y al mismo tiempo, ¡resulta tan gracioso que hayas acudido esta mañana y no hayas dicho una palabra hasta ahora!

—Bueno, Kitty, ahora ya puedes toser cuanto quieras —concluyó el señor Bennet y, mientras lo decía, abandonó la estancia saturado por los efusivos arrebatos de su esposa.

—¡Qué padre tan maravilloso tenéis, hijas mías! —dijo ella cuando la puerta estuvo cerrada—. No sé si alguna vez lograréis recompensarle por lo que ha hecho. Ni yo tampoco, a decir verdad. Os aseguro que, a nuestra edad, no resulta nada agradable tener que conocer gente nueva día tras día; pero, por vosotras, haríamos cualquier cosa. Lydia, querida, aunque eres la más joven, me atrevería a decir que el señor Bingley bailará contigo en el próximo baile.

—¡Oh! Eso no me preocupa —repuso Lydia con rotundidad—. Pese a ser la más joven, también soy la más alta.

El resto de la velada la pasaron entre conjeturas acerca de cuánto tardaría en devolverle la visita al señor Bennet y dilucidando si deberían invitarlo a cenar

❧ CAPÍTULO 3 ❧

A pesar de todas las preguntas que la señora Bennet, con la ayuda de sus cinco hijas, le planteó a su marido, no fueron suficientes para obtener una descripción satisfactoria del señor Bingley. Le atacaron de diversas maneras: con demandas descaradas, suposiciones ingeniosas y conjeturas imprecisas, pero él las eludió todas con suma habilidad, de manera que, al final, se vieron obligadas a aceptar la información de segunda mano de su vecina lady Lucas. Su informe fue de lo más favorable. Sir William había quedado muy complacido con él. Era bastante joven, maravillosamente apuesto, agradable en extremo y para colmo, tenía intención de asistir a la siguiente fiesta junto a un grupo numeroso de acompañantes. ¡Todo estaba saliendo a pedir de boca! El hecho de que fuera aficionado al baile era un paso definitivo para enamorarse y, en consecuencia, comenzaron a aflorar vivas esperanzas de conquistar el corazón del señor Bingley.

—Si pudiera ver a una de mis hijas felizmente establecida en Netherfield —dijo la señora Bennet a su esposo—, y al resto igual de bien casadas, no desearía nada más.

Unos días más tarde el señor Bingley devolvió la visita al señor Bennet, que consistió en pasar cerca de diez minutos sentado con él en la biblioteca. Había albergado esperanzas de que se le permitiera echar un vistazo a las jóvenes damiselas, de cuya belleza había oído hablar mucho, pero solo vio al padre. Las muchachas tuvieron algo más de suerte, pues tuvieron la ventaja de comprobar desde una ventana del piso superior que llevaba una levita azul y que montaba un caballo negro.

Poco después se le envió una invitación para cenar, y cuando la señora Bennet ya había planeado los platos que iban a acreditar su buen hacer como ama de casa, llegó una respuesta que lo postergó todo. El señor Bingley se veía obligado a marchar a la ciudad al día siguiente y, por lo tanto, no podía aceptar el honor de

su invitación etcétera, etcétera. La señora Bennet quedó muy desconcertada. No podía imaginar qué tipo de negocios podía tener en la ciudad cuando hacía tan poco tiempo de su llegada a Hertfordshire, y empezó a temer que pudiera pasarse el tiempo yendo de un lado a otro sin acabar de mudarse como Dios manda a Netherfield. Lady Lucas aplacó un poco sus miedos sugiriendo la posibilidad de que hubiera viajado a Londres para recoger a un nutrido grupo de personas para el baile, y muy pronto les llegó el rumor de que el señor Bingley asistiría a la reunión acompañado de doce damas y siete caballeros. Las muchachas se afligieron ante tal número de damas, pero se consolaron la víspera del baile al escuchar que, en lugar de doce, había traído solo a seis personas de Londres, sus cinco hermanas y un primo, y cuando el grupo hizo su entrada en el salón de baile, constaba solo de cinco miembros: el señor Bingley, sus dos hermanas, el marido de la mayor y otro joven.

El señor Bingley era un hombre bien parecido, con maneras de caballero; tenía un semblante agradable y modales nada afectados, y sus hermanas eran damas refinadas, con un aire sin duda elegante. Su cuñado, el señor Hurst, tenía de caballero tan solo la apariencia, pero su amigo el señor Darcy pronto atrajo la atención de la sala por su aspecto alto y delgado, rasgos agraciados y la dignidad de su porte, y apenas cinco minutos después de su entrada ya circulaba el rumor de que poseía una renta de mil libras anuales. Los caballeros convinieron en que se trataba de un hombre muy elegante, mientras que las damas declararon que era mucho más apuesto que el señor Bingley y fue objeto de gran admiración durante más o menos la mitad de velada, hasta que sus modales provocaron tal indignación que su popularidad dio un giro, pues se reveló como un hombre orgulloso que se consideraba superior a los demás y rehusaba mostrarse complaciente. Ni tan siquiera sus extensas propiedades en Derbyshire lograron evitar que mostrara un semblante de lo más severo y malhumorado y que resultara indigno de ser comparado con su amigo.

El señor Bingley no tardó en trabar amistad con los vecinos más ilustres presentes en la sala; era jovial y afable, bailó todas

las piezas, se disgustó por el hecho de que el baile acabara tan pronto y comentó que él mismo organizaría uno en Netherfield. Tan agradables cualidades hablaban por sí solas. ¡Qué diferencia entre él y su amigo! El señor Darcy bailó solo en una ocasión con la señora Hurst y en otra con la señorita Bingley, se negó a que le presentaran a ninguna otra dama y pasó el resto de la velada deambulando por la sala, hablando de manera ocasional con algún miembro de su propia comitiva. Su carácter quedó sentenciado: era el hombre más orgulloso y desagradable del mundo y todos esperaban que no volviera por allí nunca más. Entre los que se mostraron más vehementes en sus críticas estaba la señora Bennet, cuyo malestar por su comportamiento general se agudizó de manera particular por el hecho de que hubiera desairado a una de sus hijas.

Elizabeth Bennet se había visto obligada, por la escasez de caballeros, a permanecer sentada durante dos bailes, y en ese tiempo el señor Darcy había estado lo suficientemente cerca de ella como para que escuchara una conversación entre él y el señor Bingley, que había parado de bailar durante unos minutos para animar a su amigo a que se uniera a los demás.

—¡Vamos, Darcy! —le dijo—. Tengo que conseguir que bailes. Detesto verte ahí plantado, solo, con una actitud tan estúpida. Harías mucho mejor en bailar.

—No pienso hacerlo. Sabes cuánto me desagrada, a menos que tenga una especial familiaridad con mi pareja. En una reunión como esta, sería insoportable. Tus hermanas están prometidas y no hay ninguna otra dama en la sala con la que no supiera un castigo bailar.

—¡No deberías ser tan quisquilloso! —exclamó Bingley—. Palabra de honor, nunca, en toda mi vida, había conocido tantas jóvenes agradables como esta noche, y hay varias desde luego hermosas.

—Tú estás bailando con la única dama atractiva de la sala —dijo el señor Darcy mirando a la mayor de las Bennet.

—¡Oh, es la criatura más bella que jamás hayan visto mis ojos! Pero hay una de sus hermanas, la que está sentada justo detrás de ti, que también es muy bonita, y me atrevería a decir

que bastante agradable. Permíteme que le pida a mi pareja que te la presente.

—¿A cuál te refieres? —Darcy volvió la cabeza y miró durante un instante a Elizabeth hasta que sus miradas se cruzaron. Entonces apartó la vista y dijo—: Aceptable, pero no lo suficiente atractiva como para tentarme, y en este momento no estoy de humor para dar pábulo a jóvenes damas que otros han descartado. Será mejor que vuelvas con tu pareja y disfrutes de sus sonrisas, pues conmigo estás perdiendo el tiempo.

El señor Bingley siguió su consejo; Darcy se alejó y Elizabeth permaneció allí, albergando sentimientos no muy cordiales hacia él. No obstante, relató lo sucedido a sus amistades con gran sentido del humor, pues tenía un carácter jovial y alegre, y se reía de cualquier situación que resultara ridícula.

La velada, en su conjunto, transcurrió de manera placentera para toda la familia. La señora Bennet había comprobado cómo su hija mayor despertaba gran admiración entre el grupo de Netherfield. El señor Bingley había bailado con ella en dos ocasiones y había conseguido el reconocimiento de las hermanas de este. Jane estaba tan satisfecha como podía estarlo su madre, pero de una manera más discreta. Elizabeth compartía la alegría de Jane. Mary había escuchado cómo la señorita Bingley se había referido a ella como la dama más instruida del vecindario, y Catherine y Lydia habían sido lo bastante afortunadas como para no encontrarse en ningún momento sin pareja lo que, según les habían enseñado, era lo único que debía preocuparles en un baile. En consecuencia, regresaron de muy buen humor a Longbourn, el pueblo en el que residían y del que eran las vecinas más destacadas. Encontraron al señor Bennet todavía despierto. Con un libro entre las manos perdía la noción del tiempo y en aquella ocasión sentía mucha curiosidad por conocer los acontecimientos de una noche que tan espléndidas expectativas había generado. Había deseado que las opiniones de su esposa sobre el forastero se hubieran visto frustradas, pero pronto descubrió que la historia que estaba por escuchar era muy diferente.

—¡Oh! Mi querido señor Bennet —dijo su esposa mientras entraba en la estancia—, hemos pasado una velada magnífica.

Ojalá hubieras estado allí. Jane ha despertado gran admiración, nunca se había visto nada igual. Todo el mundo comentaba lo espléndida que estaba, y el señor Bingley la ha encontrado muy hermosa y ha bailado con ella dos veces. ¡Imagínate, querido! Ha bailado con ella dos veces. Y ha sido la única joven de la sala a la que se lo ha propuesto una segunda vez. Primero sacó a bailar a la señorita Lucas. ¡Verlo con ella me indignó muchísimo! Aun así, no es que le fascinara; al fin y al cabo, ¿quién iba sentir algo así? Tú ya me entiendes. Y pareció bastante impresionado cuando Jane salió a bailar. Así que preguntó quién era, hizo que se la presentaran y le pidió que bailara con él las dos piezas siguientes. Luego bailó las dos terceras con la señorita King, las dos cuartas con María Lucas, las dos quintas de nuevo con Jane, las dos sextas con Lizzy y el *boulangier*...¹

—Si hubiera tenido un poco de compasión por mí —protestó su esposo con impaciencia—, no hubiera bailado ni la mitad de las veces. ¡Por el amor de Dios! No sigas hablándome de sus parejas. ¡Ojalá se hubiera torcido el tobillo en el primer baile!

—¡Oh, querido! —continuó la señora Bennet—. He quedado encantada con él. ¡Es tan apuesto! Y sus hermanas son adorables. Nunca había visto nada tan elegante como sus vestidos. Me atrevería a decir que el encaje del traje de la señora Hurst...

Llegado este punto fue de nuevo interrumpida. El señor Bennet se manifestó en contra de escuchar cualquier descripción del vestuario y, por consiguiente, se vio obligada a recurrir a otro aspecto del argumento y relató, con gran amargura y cierta exageración, la sorprendente tosquedad del señor Darcy.

—Pero puedo asegurarte —añadió— que Lizzy no se pierde gran cosa por no ser de su agrado, pues es un hombre espantoso, de lo más desagradable, al que no merece la pena complacer. ¡Es tan engreído y petulante que resulta insoportable! No ha dejado de moverse de acá para allá, dándose aires. ¡Conque no es lo bastante hermosa para bailar con él! Ojalá hubieras estado allí, querido, para ponerlo en su sitio. ¡Cuánto detesto a ese hombre!

1 N. de la Trad.: Danza de origen francés que se bailaba en círculo y que solía cerrar los bailes.

❧ CAPÍTULO 4 ❧

Cuando Jane y Elizabeth se quedaron a solas, la primera, que se había mostrado muy cauta a la hora de elogiar al señor Bingley, le manifestó a su hermana lo mucho que lo admiraba.

—Es todo lo que un joven debería ser —dijo—: juicioso, divertido, jovial. ¡Nunca había conocido a nadie con un carácter tan alegre! Se muestra tan cercano... ¡Y con una educación exquisita!

—También es apuesto —replicó Elizabeth—, algo que nunca está de más en un joven caballero. Desde luego, no le falta detalle.

—Me he sentido muy halagada cuando me ha sacado a bailar por segunda vez. No me esperaba semejante cumplido.

—¿Ah, no? Pues yo sí. Pero esa es una de las grandes diferencias entre tú y yo. A ti los cumplidos siempre te pillan por sorpresa, a mí nunca. ¿Qué podía ser más natural que el que te lo propusiera de nuevo? Sin duda, no le habrá pasado desapercibido que eras la joven más hermosa de la sala. No debes atribuirlo a su galantería. Pero bueno, sin duda es muy agradable y tienes mi permiso para que te guste. Te han gustado personas mucho más estúpidas.

—¡Lizzy, querida!

—¡Oh! Sabes que tienes una marcada tendencia a que te guste la gente en general. Nunca le ves defectos a nadie. Todo el mundo es bueno y amable a tus ojos. Jamás te he oído hablar mal de ningún ser humano.

—Procuro no precipitarme censurando a nadie, pero siempre digo lo que pienso.

—Lo sé, y eso es lo que lo hace tan asombroso, que teniendo tanto sentido común, te muestres ciega de veras ante las tonterías e insensateces de los demás. El falso candor es algo muy

común, se ve por todas partes; pero ser cándida sin proponérselo y sin hacer ostentación de ello, tomar lo bueno del carácter de los demás e incluso mejorarlo y no hacer alusión alguna a lo malo, eso es solo propio de ti. E imagino que también te habrán gustado sus hermanas, ¿me equivoco? Porque sus modales no eran comparables a los de él.

—Desde luego que no, al principio. Pero resultan muy agradables cuando conversas con ellas. La señorita Bingley va a vivir con su hermano y se pondrá al frente de la casa, y no creo equivocarme cuando digo que descubriremos en ella a una vecina encantadora.

Elizabeth escuchó en silencio, pero no estaba muy convencida. El comportamiento de las hermanas en el baile le había dado a entender que, en general no estaban interesadas en causar una buena impresión, y dado que poseía mayores dotes de observación, un carácter menos flexible que el de su hermana y una capacidad de juicio que no se había visto influenciada por la atención prestada, se mostraba menos predispuesta a darles su beneplácito. Sin lugar a duda eran unas damas muy refinadas que no carecían de buen humor cuando se las complacía ni de la capacidad de mostrarse agradables cuando se lo proponían, pero también eran orgullosas y petulantes. Aparte de ser bastante atractivas, habían sido educadas en uno de los colegios de mayor prestigio de la ciudad, poseían una fortuna de veinte mil libras y estaban acostumbradas a gastar más de lo que debían y a relacionarse con gente de alta alcurnia, por lo que creían poseer el derecho a tener una buena opinión de sí mismas y una opinión pobre de los demás. A eso había que añadir que pertenecían a una respetable familia del norte de Inglaterra, una circunstancia mucho más arraigada en sus mentes que el hecho de que la fortuna de su hermano y la suya propia procediera del ejercicio del comercio.

El señor Bingley había heredado un capital de casi cien mil libras de su padre, el cual había intentado adquirir una hacienda, pero había fallecido antes de conseguir su propósito. Su hijo compartía este objetivo, y en alguna que otra ocasión parecía haberse decidido por una propiedad dentro su propio condado,

pero como ahora disponía de una buena casa y la libertad de hacer uso de las tierras del señorío, la mayoría de los que conocían bien su carácter acomodaticio consideraban bastante probable que pasara el resto de sus días en Netherfield y dejara la decisión de comprar en manos de la siguiente generación.

Sus hermanas habían deseado con todas sus fuerzas que se hiciera con una hacienda propia, pero una vez decidió establecerse como arrendatario y nada más, la señorita Bingley no tuvo ningún inconveniente en presidir su mesa; y tampoco la señora Hurst, que se había casado con un hombre más elegante que rico, mostraba reticencia alguna al considerar la casa de su hermano como su propio hogar cuando le convenía. No hacía ni dos años que el señor Bingley había alcanzado la mayoría de edad, y por una recomendación casual, se había visto tentado a echar un vistazo a Netherfield. Tras ver la casa por dentro y por fuera durante media hora, le gustaron tanto dónde estaba como las estancias principales, y satisfecho con los elogios del propietario, la arrendó de inmediato.

Entre Darcy y él existía una gran amistad, aun a pesar de lo diferentes que eran sus respectivos caracteres. Darcy apreciaba a Bingley por su naturalidad, su franqueza y la ductilidad de su carácter; no podía ser más distinto al suyo, y a pesar de todo, nunca pareció desagradarle. Por su parte Bingley tenía plena confianza en Darcy y tenía su criterio en la más alta consideración. En lo que respectaba al intelecto, Darcy estaba por encima. No es que Bingley careciera de él, pero Darcy era muy perspicaz. También era altivo, reservado y quisquilloso, y sus modales, a pesar de que había recibido una exquisita educación, no invitaban mucho a acercarse a él. En ese aspecto su amigo le aventajaba con mucho. Bingley estaba seguro de gustar dondequiera que hiciera acto de presencia; Darcy ofendía allá donde iba.

La manera en que hablaron de la fiesta en Meryton fue de lo más ilustrativa. Bingley jamás había coincidido con gente tan encantadora o jóvenes tan bellas, todo el mundo había sido muy amable y atento con él, no había apreciado ningún tipo de formalidad o rigidez y enseguida había congeniado con todos;

en cuanto a la señorita Bennet,² era incapaz de concebir un ángel más hermoso. Darcy, por el contrario, no había visto sino una serie de personas en las que no apreciaba ni belleza ni elegancia, y ninguna de ellas había despertado en él el más mínimo interés o le había proporcionado atención o deleite alguno. Debía reconocer que la señorita Bennet era hermosa, pero sonreía demasiado.

La señora Hurst y su hermana admitieron que en eso tenía razón, pero aun así les había agradado y declararon que era una muchacha dulce y que no tendrían inconveniente en conocerla mejor, de manera que, una vez estipulado que la señorita Bennet era dulce, y gracias a aquel reconocimiento, su hermano se sintió autorizado a pensar en ella como mejor le pareciera.

2 N. de la Trad.: El derecho a ser conocida como Miss Bennet le correspondía a la hija mayor; en lo que se refiere al resto de las hermanas el nombre propio solía acompañar al apellido: Miss Elizabeth Bennet, Miss Mary Bennet, etc.

❧ CAPÍTULO 5 ❧

Apenas una breve caminata de distancia de Longbourn vivía una familia con la que los Bennet mantenían una relación muy estrecha. Sir William Lucas se había dedicado al mundo de los negocios en Meryton, donde había amasado una considerable fortuna, y había sido condecorado con el título de caballero tras una petición expresa al rey cuando estuvo al frente de la alcaldía. Tal vez la distinción se le subió demasiado a la cabeza, pues había despertado en él cierta aversión hacia sus negocios y al hecho de residir en una pequeña población mercantil. Tras abandonar tanto los unos como la otra, se había trasladado junto a su familia a una casa situada más o menos a una milla de Meryton, que a partir de aquel momento había pasado a denominarse Lucas Lodge. Allí podía deleitarse con su propia notoriedad y, liberado de los negocios, dedicarse solo a ser atento con los demás. Porque, a pesar del entusiasmo que le provocaba su rango, este no lo volvió altanero, más bien al contrario, se deshacía en atenciones con todo el mundo. Inofensivo, cordial y atento por naturaleza, su presentación en Saint James³ le había convertido, además, en cortés.

Lady Lucas era una buena mujer, si bien no lo suficientemente inteligente para que la señora Bennet la valorara como vecina. Tenían varios hijos. La mayor, una joven sensata e inteligente, de unos veintisiete años, era la mejor amiga de Elizabeth.

El que las Lucas y las Bennet se reunieran para charlar sobre un baile era algo del todo imprescindible, y a la mañana siguiente a la fiesta las primeras acudieron a Longbourn para intercambiar impresiones.

3 N. de la Trad.: Saint James es un palacio real situado en Westminster, construido por orden de Enrique VIII, que fue la residencia oficial de la monarquía desde 1698 hasta 1837.

—Tú empezaste bien la velada, Charlotte —le dijo la señora Bennet a la señorita Lucas con respetuoso autodomínio—, fuiste la primera con quien eligió bailar el señor Bingley.

—Sí pero, al parecer, prefirió a la segunda con la que bailó.

—¡Oh! Te refieres a Jane, supongo, porque bailó con ella dos veces. Sin duda, parece que sí, que le gustó; de hecho, tiendo a pensar que así fue... Creo haber oído algo al respecto, pero no sé muy bien qué. Algo sobre el señor Robinson.

—Tal vez se refiere a la conversación entre él y el señor Robinson que oí por casualidad; ¿no se lo comenté? El señor Robinson le preguntó qué opinaba de las fiestas de Meryton, si no le parecía que había muchas jóvenes hermosas en la sala y cuál creía que era más bonita. Y su inmediata respuesta a la última pregunta fue: «¡Oh! La mayor de las Bennet, sin duda. No cabe discusión posible al respecto».

—¡Caramba! Eso es categórico sin duda. Parece como si... pero, bueno, ya sabes, puede que al final se quede en nada.

—Lo que yo escuché fue mucho más provechoso que lo que oíste tú, Eliza —dijo Charlotte—. Lo que pueda decir el señor Darcy no merece tanto la pena como lo que diga su amigo, ¿verdad? ¡Pobre Eliza! ¡Mira que ser considerada solo «aceptable»!

—Te rogaría que no le metieras a Lizzy en la cabeza que debe sentirse ofendida por su desplante. Darcy es un hombre tan desagradable que sería una verdadera desgracia gustarle. La señora Long me dijo anoche que estuvo media hora sentada a su lado y que no abrió la boca en todo el rato.

—¿Estás segura, mamá? ¿No se tratará de un pequeño error? —preguntó Jane—. Estoy convencida de haber visto al señor Darcy hablando con ella.

—Sí, porque al final ella le preguntó qué le parecía Netherfield y no tuvo más remedio que contestarle, pero me dijo que parecía muy molesto por el hecho de que le dirigieran la palabra.

—La señorita Bingley me contó —añadió Jane— que nunca habla mucho, a no ser que se encuentre entre allegados. Con ellos es muy amable.

—No me creo ni una palabra, querida. Si fuera tan amable habría hablado con la señora Long. Pero ya me imagino cómo fue; todo el

mundo dice que le pierde el orgullo, y me atrevería a decir que, de alguna manera, se enteró de que la señora Long no tiene carruaje propio y que había acudido al baile en un coche de alquiler.

—No me importa que no hablara con la señora Long —dijo la señorita Lucas—, pero me habría gustado que bailara con Eliza.

—Si fuera tú, Lizzy —dijo su madre—, la próxima vez no bailarías con él.

—Creo, mamá, que puedo prometerte sin problemas que nunca lo haré.

—Su orgullo —dijo la señorita Lucas— no me resulta tan ofensivo como en otras personas, porque está justificado. No tiene nada de extraño que un joven tan apuesto, con familia, fortuna y todo a su favor, pueda tener una alta opinión de sí mismo. Por decirlo de algún modo, tiene derecho a ser orgulloso.

—En eso tienes toda la razón —replicó Elizabeth—, y no tendría inconveniente en perdonar su orgullo si no fuera porque él hirió el mío.

—El orgullo, en mi opinión —observó Mary, que se preciaba de la solidez de sus reflexiones—, es un defecto muy común. A partir de mis numerosas lecturas he llegado a la conclusión de que, desde luego, la propensión a este es un rasgo muy frecuente en la naturaleza humana y es muy poca la gente que no alberga un sentimiento de autocomplacencia relacionado con una u otra cualidad, real o imaginaria. La vanidad y el orgullo son cosas diferentes, si bien a menudo estas dos palabras se suelen utilizar como sinónimos. Una persona puede ser orgullosa sin ser vanidosa. El orgullo se refiere más a la opinión que tenemos de nosotros mismos, la vanidad a lo que nos gustaría que los demás pensaran de nosotros.

—Si yo fuera tan rico como el señor Darcy —exclamó uno de los jóvenes Lucas, que había acompañado a sus hermanas—, no me importaría ser orgulloso. Tendría una manada de raposeros y me bebería una botella de vino al día.

—En ese caso beberías mucho más de lo debido —dijo la señora Bennet—, y si yo te viera hacerlo, te quitaría la botella en el acto.

El joven protestó y dijo que no se atrevería, pero ella insistió una y otra vez en que sí, y la discusión no acabó hasta que no hubo concluido la visita.